

LA CONSTRUCCIÓN MEDIÁTICA DE LA REALIDAD: EL CASO PRESTIGE

María José Gómez-Monedero
Rosario Guillén, Antonio Márquez
Marta Ongil
Gustavo Zappia
Amalia Sanjorge
Ángel Guillén
Miguel Ferreira

Universidad de Murcia
ferreira@um.es

I. Medios de comunicación y producción discursiva

En el presente trabajo exponemos lo que constituye un ejemplo paradigmático de los procesos de «construcción social de la realidad» (Berger y Luckmann, 1979) en los que nos vemos involucrados, en ocasiones como agentes activos, en otras como receptáculos involuntarios, en nuestra convivencia colectiva. El 19 de Noviembre de 2002, el buque petrolero “Prestige” se hundía con una grieta en el casco a pocos kilómetros de la costa gallega, provocando, con su vertido de fuel bajo el agua y las sucesivas mareas negras que el mismo acarreó, uno de los mayores desastres ecológicos de la historia reciente.¹ Los diarios se hicieron eco de la noticia inmediatamente y continuaron dedicándole su atención a lo largo de los meses sucesivos. El presente trabajo es el resultado del seguimiento de la noticia según ésta fue tratada por los periódicos La Razón, ABC, El Mundo, La Voz de Galicia y El País a lo largo de esos meses.

El tratamiento de la noticia muestra claramente la existencia de dos líneas interpretativas diferenciadas: mientras que La Razón, ABC y El Mundo apoyan, justifican y tienden a mostrar una actitud favorable hacia las tesis y actuaciones del gobierno, El País y La Voz de Galicia mantienen una postura crítica respecto a las mismas.

Nuestro análisis de ambas líneas argumentales tratará de poner de manifiesto cómo, a través de ellas, y refiriéndose a un mismo y único fenómeno, surgen dos realidades sociales diferentes en virtud de la producción de unos significados que, lejos de ser neutrales, se hallan inscritos en luchas de poder.

Los procesos de interacción social pueden ser entendidos como campos agónicos (Latour, Bourdieu) en los que los actores están permanentemente involucrados en luchas de poder. Entre tales agentes se encuentran los medios de comunicación. Ahora bien, desde esta perspectiva no cabe, sin embargo, concebirlas como meros instrumentos de manipulación de la opinión en manos del poder (aunque *de facto* lo hagan) y que obran de manera unidireccional, sino que, más bien, formando parte de las estructuras sociales y de las luchas de poder que éstas conllevan, actúan (construyendo *discursos*) obedeciendo a algunos de los intereses en pugna y gozan de una relativa autonomía. Su actuación implica el ejercicio de una cierta violencia simbólica (Bourdieu y Passeron, 1977), pero ésta conlleva unos límites: por un lado, dado que su lucha lo es contra la producción de significados contendientes, para hacerles frente eficazmente su discurso ha de ajustarse a ciertos esquemas; por otro, han de tomar en consideración al público al que va dirigida la información, pues no se trata de un mero receptor pasivo, sino de un público concreto con opiniones particulares, en una situación social específica, inscrito igualmente en esas luchas de poder, de modo que cuando recibe información reacciona, muestra *reactividad* (Valles, 1997; Maturana y Varela, 1990) ante la misma, demanda que posea cierto hilo argumental que la dote de coherencia ideológica (aunque ésta esté ausente de hecho), y cuyas actuaciones pueden ajustarse o no a las expectativas de la prensa que se la suministra. Además, los medios de comunicación no actúan ni «existen» únicamente en el ámbito de la producción discursiva, sino que su situación como agentes está igualmente determinada por las condiciones materiales que los caracterizan; es decir, el discurso que producen está condicionado por su posición social.

¹ De entre la numerosa bibliografía a la que dio lugar el suceso, podemos citar: Arias (2003), Besanca (2002), Catalán (2003), de Toro (2003), Fundación Alternativas (2003), Gómez y Ordaz (2003), Gortazar (2003).

Ingrediente fundamental de las luchas de poder que constituyen la interacción social es el ideológico. Entenderemos por ideología una estructura generadora de prácticas significantes (Pizarro, 1979). Éste concepto de ideología está relacionado con el de *competencia semiótica* socialmente adquirida (Ibíd.): la ideología, a través de los aparatos por los que actúa, en éste caso los medios de comunicación de masas, en concreto la prensa escrita, produce competencia semiótica, esto es, competencia de significados y por los significados, entre los individuos sociales. Pero esa competencia no sólo está estructurada por la ideología, sino que también capacita para transformarla. La dialéctica circunvala el problema de la primacía de los agentes sobre las estructuras o la primacía de las estructuras sobre los agentes.

Si aplicamos este concepto de ideología, hemos de asumir a su vez que la ideología constituye el conjunto de esquemas que relacionan la posición de clase de ciertos agentes sociales con su discurso (Pizarro, 1979; Bourdieu, 1991b; Marx y Engels, 2004), y entonces considerar que los medios de comunicación se hallan involucrados en la lucha por la hegemonía ideológica en la que participan determinados grupos, actuando como medios de expresión de los mismos. Su función es «crear» (discursivamente) la realidad más acorde con la ideología de la que son portavoces; obviamente, no pueden hacerlo de cualquier modo: la producción de significados, es decir, de información, comporta una relación dialéctica entre los agentes, productores y receptores, involucrados y entre éstos y sus condiciones estructurales en el campo de lucha en el que se desenvuelven.

A partir de esta premisa sociológica, situaremos nuestro análisis en el terreno documental, pues la prensa escrita constituye un tipo concreto de documento, fuente de datos secundarios. El análisis de documentos nos permite introducir una dimensión histórica en la investigación, en éste caso la investigación de la producción de significados distintos y opuestos sobre un mismo fenómeno, el hundimiento del Prestige, que se da en la prensa escrita española durante un determinado período de tiempo.

En primer lugar debemos discernir cuál es la intención del documento, cuál es la intencionalidad en la producción de la información en los diferentes medios analizados. Todos tratan de crear opinión, pero con objetivos diferentes. Para algunos, la intención es establecer un marco ideológico-discursivo favorable al grupo político en el poder, es decir, al gobierno mediante un hilo argumental, decíamos, que dote de coherencia, al menos aparente, a sus actuaciones. La intención de otros será justamente la contraria, la crítica del gobierno y el apoyo a la oposición. En ambos casos se produce coyunturalmente el apoyo a terceros elementos sociales, un apoyo secundario siempre supeditado al que se presta a la facción político-social correspondiente.

La investigación fundamentada en el análisis de fuentes documentales como la prensa escrita posee ventajas e inconvenientes. Entre las ventajas cabe citar el bajo coste, la no reactividad (no hay que preocuparse por la reacción del documento al ser investigado), la exclusividad (la información que contiene un documento tiene un carácter único, diferente de la que puede obtenerse mediante técnicas directas de observación y conversación), su permanencia en el tiempo y la ya mencionada historicidad (Webb y otros, 1966; Hodder, 1994). Por lo que se refiere a los inconvenientes, se trata de los clásicos de todo material documental, siendo de especial interés, entre ellos, el de la selectividad de todo documento en su producción de información. En la prensa escrita es patente y notoria esa selectividad: las editoriales imponen criterios diferentes, tanto en lo que se refiere a la selección de las noticias (*qué* es lo que se va a considerar relevante informativamente y *qué* es lo que no va a tener cabida), como en lo relativo al tratamiento de las mismas (*cómo* se va a ofrecer la información deliberadamente seleccionada).

En el caso que nos ocupa, esta dimensión selectiva se hace sumamente evidente, como veremos, si se presta atención a las portadas, tanto al número de ellas que los periódicos dedicaron al tema, como al tratamiento que en las mismas se le da; también la existencia o no de una sección particular dedicada al caso Prestige y la duración de ésta hacen patente la selectividad informacional propia de la prensa escrita en tanto que documento.

Cuatro elementos son clave en el análisis de todo documento; la autenticidad del documento, su credibilidad, su representatividad y la interpretación de su significado (MacDonald y Tipton, 1993). La autenticidad se refiere a la posibilidad de cuestionamiento o no de su carácter genuino y completo como «dato» del análisis. En nuestro caso, al tratarse de prensa escrita, cuyos contenidos hemos

recogido entre diciembre de 2002 y mayo de 2003, resulta imposible la falsificación o fraude de la base documental empleada.

Cuando hablamos de credibilidad, nos referimos a la cuestión de si la información aportada sobre el documento es veraz; en este sentido cabe preguntarse: ¿quién o quiénes fueron los autores del documento?, ¿por qué lo produjeron?, ¿para quién?, ¿en qué momento y bajo qué circunstancias? Responder a estas preguntas es relativamente sencillo en el caso que tratamos. Los autores de los diferentes documentos, es decir, diarios, son los periodistas y las editoriales de cada uno. La razón de que los produjeran difiere según su afinidad política y tendencia ideológica: para unos, se trataba de salvaguardar la imagen del gobierno, mientras que otros tenían un marcado interés en hacer notorios los errores de éste y apoyar la labor de la oposición. Todos los periódicos produjeron la información, en primer lugar, para sus respectivas audiencias, pero también buscaban dirigirse a posibles lectores no habituales; por ello, tratando de ganar siempre el mayor número de lectores, su discurso hubo de guardar en todo momento ciertas formas.² Por lo que se refiere al momento y las circunstancias de la producción, los documentos abarcan un período de tiempo que va desde noviembre de 2002 hasta marzo o mayo de 2003, según los periódicos, en un contexto de pugna política entre partidos.³

En cuanto a la representatividad de los diarios sobre la realidad de la que hablan, hay que tener en cuenta tres tipos de inferencias que el investigador realiza al trabajar con material documental (Valles, 1997): a) inferencias acerca de las creencias de quien produce la información, es decir, la ideología y los intereses de cada uno de los diarios; b) las relativas a la propia realidad social a la que se refiere el documento, o lo que es lo mismo, cómo la realidad social condiciona el documento y lo que se dice en él;⁴ y, por último, c) las que tienen que ver con la audiencia del documento, la cual espera *activamente* que la informen, es decir, espera y busca determinado tipo de información y rechaza la que ideológicamente no le satisface.

Nuestro análisis e interpretación del sentido de los documentos parte de estos presupuestos y lleva a cabo estas inferencias: hemos tratado de entender los documentos en su contexto y condiciones de producción y lectura. Los documentos, en este caso los documentos periodísticos, no son espejos de la realidad: se producen para una determinada audiencia, en un momento concreto y con propósitos específicos. De haber ocurrido la catástrofe en otro contexto —por ejemplo, con el partido socialista en el poder— la situación de producción de información sería distinta, y cada periódico tendría otros propósitos diferentes; hubiesen construido realidades sociales también diferentes a las que de hecho produjeron.

El tratamiento de documentos nos sitúa metodológicamente en el terreno del análisis de discursos: desde una orientación sociológica estructural-funcionalista, o consensual, el discurso simplemente manifiesta, de un modo neutral e inocuo, los valores que lo configuran, de tal modo que su análisis se reduce a detectar la presencia de actitudes o valores del sujeto (individual) que produce el discurso. Desde una perspectiva crítica o conflictual, el análisis del discurso se liga a la teorización sobre las ideologías: los actos del individuo están determinados por la específica posición que ocupa en las redes de relaciones sociales y su discurso aparece determinado por esta posición social. En consecuencia, el discurso es más un producto social que un acto individual. En esta perspectiva, la ideología está fundamentalmente asociada a la clase social, puente entre la estructura social y la discursiva (Bourdieu, 1985; Foucault, 1984).

² Por lo que se refiere a dicha moderación discursiva, cabría señalar que entre ellos se manifestaron dos tendencias: La Razón y la Voz de Galicia optaron por una modalidad marcadamente radicalizada, mientras que El País, El Mundo y ABC se mostraron mucho más moderados. Es decir, no todos los diarios modelaron por igual su discurso con la intención de ampliar el número de lectores habituales.

³ Una pugna entre partidos de carácter ideológico, pero en la cual, más que mostrarse fieles a un determinado ideario, su principal motivación es la de captar el mayor número de votos posibles. La información conlleva ideología, esquemas sobre cómo debe ser el mundo: la captación de lectores implica la adhesión de personas con una ideología afín a la suministrada, que por la filiación de los periódicos suponen potencialmente más votos para determinado partido más bien que para otro. Los medios de comunicación son, pues, vitales en la lucha ideológica: creando opinión, además, condicionan en cierta medida la orientación en los idearios de los partidos políticos (recordemos que nos hallamos en un campo de lucha dialéctico: la ideología política determina la orientación informativa de los periódicos, la cual a su vez condiciona la orientación ideológica de los mismos). No hay que olvidar, además, que la selectividad afecta a la credibilidad de la información que transmiten los periódicos: un sesgo excesivo en la información podría producir en los lectores un efecto contrario al deseado (MacDonald y Tipton, 1993)

⁴ A este respecto, hay que tener en cuenta la mencionada contienda sociopolítica y la búsqueda de los votos, que a su vez incide en la unidireccionalidad característica de la información de la prensa: hay que crear opinión, no abrir un diálogo; prueba de ello son los escasos o casi nulos espacios, en los periódicos consultados, que se dedican a dar voz a los afectados por la crisis y a organizaciones sociales críticas como la plataforma Nunca Más o las cofradías de pescadores.

Nuestro enfoque es abiertamente crítico: el propósito es mostrar cómo se produce socialmente la realidad en función de unos determinados intereses y en un contexto de luchas por la supremacía ideológica, es decir, en un contexto de luchas de poder; unas luchas en las que el sujeto particular se halla engramado en la lógica de funcionamiento de las clases, de los grupos de interés y de los condicionamientos estructurales tanto materiales como ideológicos: es un sujeto «social» en un pleno sentido del término, y de ésa su socialidad es expresión (causa y efecto simultáneamente) su discurso.

Esta perspectiva crítica supone una clara filiación marxiana, pero desde una óptica que se aproxima a los intentos de superación de la antinomia entre la primacía de los agentes (historicismo) y la de las estructuras (estructuralismo) en la producción del discurso de autores como Bourdieu o Foucault. En este sentido, tomaremos en consideración la semiótica de los procesos de intersubjetividad e intertextualidad que propone Gonzalo Abril: «...los agentes comunicativos más que codificar y descodificar, proponen hipótesis, llevan a cabo inferencias contextuales, anticipan estratégicamente las respuestas y razonamientos de sus interlocutores.» (Abril, 1994). Es decir, no podemos concebir la comunicación simplemente como un proceso en el que un emisor emite un mensaje en un determinado código y un receptor recibe ese mensaje y lo descodifica, sino que de lo que se trata es de que los agentes implicados en el fenómeno comunicativo utilizan esquemas interpretativos para producir el sentido. Por lo tanto, el sentido último de un mensaje no está dado sino que puede ser negociado.

II. Dos discursos a cinco voces: dos realidades sociales

Si comenzamos considerando la cuestión de las portadas, observamos como La Voz de Galicia, periódico regional, fue el diario que más veces dedicó la portada a la catástrofe (120), seguido de El País, ambos con una postura crítica con el gobierno desde un principio: en sus portadas, los titulares e imágenes incidían en la mala gestión por parte del gobierno y mostraban su apoyo a los afectados. El otro grupo de diarios de tirada nacional, El Mundo, ABC y La Razón, dedica menos portadas a lo largo del tiempo, que además disminuyen sensiblemente a partir de finales de diciembre de 2002. La Razón nos ofrece en ellas claros ataques a la oposición, como, por ejemplo, imágenes de J. L. Rodríguez Zapatero, líder de la oposición en aquel momento, y de Jesús Caldera, portavoz del grupo socialista en el congreso, con marcado semblante agresivo, en tanto que ABC y El Mundo se limitan a justificar en sus titulares las actuaciones del gobierno nacional y de la Xunta, siendo sus críticas a la oposición más moderadas.

Por tanto, fueron las portadas de La Razón las que mostraron una tendencia más notoriamente favorable al partido que ocupaba el gobierno, vertiendo ataques contra la Oposición y ensalzando la labor monárquica. Siguiendo esta línea, pero de una forma más moderada, estarían las portadas dedicadas por ABC al caso Prestige. En una línea intermedia, El Mundo trataba de equilibrar las opiniones sobre el accidente, situándose del lado de los afectados y de la Administración de forma alterna, aunque criticando siempre a la oposición.

Sin duda, EL PAÍS es el más crítico con la actuación del gobierno, destacando en todas sus portadas la mala gestión que éste realizó de la catástrofe, apoyando incondicionalmente a los afectados y situándose del lado de la gran parte de la población española que adoptó una postura y opinión crítica. La Voz de Galicia, en un primer momento, mostró cierta moderación en sus críticas hacia el Ejecutivo y la Xunta, sin embargo, a principios del año 2003 adoptó una postura más radical y próxima a la de El País.

Es significativo comenzar tratando la cuestión de las portadas porque a través de ellas se llama la atención del público, al tiempo que se procede a la selección / sesgo de la información (que se decidirá es importante) a tratar. Ahí cada uno de los medios de comunicación comienza a construir su discurso y, por tanto, su realidad. Queda claro según lo expuesto, que los periódicos afines al gobierno del Partido Popular tienen un interés mayor en dar menos información que pueda comprometer la imagen del gobierno, por lo que, independientemente de las justificaciones y apoyo a dicho gobierno, dedican menos portadas al suceso a lo largo del tiempo. En contrapartida, los diarios críticos, El País y La Voz de Galicia, dedican el mayor tiempo posible a estas noticias, destacando el más mínimo detalle que pueda considerarse perjudicial para el gobierno. La prolongación en el tiempo de este tipo de noticias es esencial para mantener la imagen que pretenden dar de un problema de la magnitud y alcance como el que tratamos, que podría ser muy rentable en términos de votos para la oposición al

gobierno de turno. Por eso los diarios progubernamentales buscan acallar el tema lo antes posible, aunque al mismo tiempo deben responder a las críticas de los partidarios de la oposición, que tratan de agotar todos los frentes posibles antes de dar el tema por zanjado.

Un aspecto muy vinculado con la cuestión de las portadas es la existencia de una sección especial dedicada al problema; los cinco periódicos ofrecen una, pero difieren en el número de páginas que le dedican, así como en la duración en el tiempo de la misma.

La Razón denominó a este espacio «El Desastre del Prestige», que ocupó unas 150 páginas en total hasta su desaparición el 17 de enero de 2003, cuando pasa a ser incluida, con el mismo título, en la sección de Sociedad; ya a partir de febrero desciende notablemente el número de noticias relacionadas con el Prestige, que se incluyen en secciones como «Cuerpos y Almas» o «Religión». La sección comenzó con una actitud muy crítica hacia el PSOE, centrándose en el debate político. Sólo en diciembre, cuando se acerca la época navideña, el periódico decide incluir en ella noticias más centradas en el aspecto solidario. Y a partir de enero vuelve a adoptar una postura crítica y dura con la oposición. A partir del mes de febrero continúan los ataques políticos, pero el asunto Prestige pasa a un segundo plano en el periódico, ya que comienza a adquirir relevancia la crisis de Irak.

ABC mantuvo hasta Navidad un apartado específico titulado «Crónicas del Chapapote», que ocupaba media página y que intentaba dar noticias desde el terreno, dando la palabra a voluntarios y habitantes de las distintas zonas afectadas. Junto a éste, su sección especial sobre la catástrofe llevaba por título «Marea Negra en Galicia», con una extensión entre cuatro y siete páginas diarias hasta finales de diciembre de 2002. En Navidades, con motivo de la llegada de fuel a las costas francesas, la sección pasa a adoptar el nombre de «Marea Negra en Francia y Marea Negra en Galicia», reduciéndose a dos páginas. Pasadas estas fechas, la sección vuelve a cambiar de denominación, ahora «Marea Negra del Prestige», normalmente ocupando una página.

La sección de El Mundo, «El Naufragio del Prestige», incluía un subtítulo diferente según el tema tratado en cada ocasión y se prolongó durante mes y medio. A partir de su desaparición, se mantiene el seguimiento diario, pero la importancia disminuye gradualmente, al igual que su extensión, que en un primer momento fue de cuatro páginas.

«Desastre Ecológico» fue el nombre escogido para la sección que EL PAÍS dedicó día tras día hasta el mes de abril para tratar las noticias surgidas a raíz del hundimiento. Este apartado tuvo una extensión media de cinco páginas hasta comienzos de febrero, momento a partir del cual, manteniéndose la sección, su número de páginas, así como la intensidad de las noticias ofrecidas en ella, fueron descendiendo progresivamente.

Finalmente, La Voz de Galicia inicia a principios de 2003 la sección «El Cronómetro de las Promesas para Galicia», para realizar un seguimiento exhaustivo sobre la realización efectiva de cuanto las distintas Instituciones de la Administración prometieron llevar a cabo para paliar los efectos de la catástrofe. Los temas analizados en dicha sección fueron la limpieza de las playas, la solución definitiva para los restos hundidos del Prestige, la regeneración ambiental de Galicia, el pago de indemnizaciones, los contratos para los parados fruto de la catástrofe, la cuestión de los fondos europeos y la apertura de la veda pesquera.

En cada una de estas secciones especiales los diarios relataron la tragedia siguiendo su particular línea editorial, siendo la tendencia general centrarse en el debate político entre gobierno y oposición, excepto el caso del único diario de tirada no nacional, La Voz De Galicia, que, alejándose de esa tendencia, decidió dedicar la sección al seguimiento y control del cumplimiento, en cuanto a medidas y plazos establecidos, de lo prometido por el gobierno.

En estas secciones, al igual que en las portadas, la combinación de las imágenes (tipo, tamaño, frecuencia de aparición...) con el discurso concreto referido a ellas —o a la inversa, siendo las imágenes las que se refieren a un determinado discurso— contribuye muy significativamente al sesgo y dirigismo de la información. Y lo hace aportando una apariencia de objetividad: el discurso es respaldado por la imagen o la imagen queda explicada por el discurso.⁵ Ello produce una sensación de veracidad

⁵ Woolgar (1988) nos advierte respecto a lo que él denomina «proceso de triangulación», en virtud del cual la combinación de texto, imagen y marco delimitan, por referencia recíproca mutua, un espacio «construido» como representante de la realidad en la realidad misma; el proceso de selección que implica el recorte determinado imagen/marco junto a la asignación

en el lector, la impresión de estar «viendo con los propios ojos», o, lo que es lo mismo, naturalizando la realidad creada discursivamente. Así, por ejemplo, en el número del 18 de enero de 2003, aparece en ABC una fotografía de una manifestación de Nunca Más celebrada en Vigo para protestar contra las actuaciones del gobierno central y de la Xunta de Galicia; en ella se puede ver una calle llena de personas con pancartas y carteles; está tomada de frente, de manera que sólo se puede observar un corto espacio de la calle, el cual aparece totalmente ocupado; el titular bajo la foto reza: «Los actos de Nunca Más pierden fuerza al acentuarse su proximidad al BNG». En este caso, la fotografía en sí no tiene por qué guardar ninguna relación con lo que se dice en el titular, es decir, bajo la misma fotografía se podría haber incluido igualmente el titular «Los actos de Nunca Más *ganan* fuerza al acentuarse su proximidad con el BNG». Es más, la foto no da indicios sobre si los actos de Nunca Más ganan o pierden fuerza, ni sobre si la ganan o la pierden por su vinculación con el BNG, y ni siquiera sobre si Nunca Más está vinculada al BNG (incluso pudiera ser que la foto no fuera, de hecho, una instantánea de la manifestación de la que se supone que es retrato...).

Estas estrategias ocultan la interpretabilidad múltiple (Hodder, 1994) del material documental dependiendo del contexto y a lo largo del tiempo. Nosotros mismos, al elaborar este artículo, estamos interpretando de cierta manera el documento investigado, así como también lo hace una persona que, leyendo habitualmente El País, lea la información en el ABC. Le dará una interpretación distinta que un lector habitual del ABC. Y, sobre todo, son los propios medios de comunicación los que interpretan un mismo fenómeno social de maneras diversas dependiendo de su línea ideológico-argumental. Lo cual incide en el presupuesto teórico del que partimos: la información es socialmente producida, y que dicha producción social «crea» realidad, crea realidades distintas en función de los determinantes sociales de la producción de información.

Vamos a prestar ahora atención a cuatro aspectos del discurso de los diarios en relación con el caso Prestige: 1) las causas del hundimiento; 2) el debate político nacional suscitado por la catástrofe; 3) la repercusión internacional de la misma; y 4) la movilización social que produjo, fundamentalmente, la limpieza de playas por parte de los voluntarios y el surgimiento de plataformas críticas, con Nunca Más a la cabeza.

Por lo que se refiere a las causas del hundimiento, para La Razón el aspecto fundamental no son las causas en sí, eludiendo el ámbito puramente técnico, sino si la decisión de alejar el barco de la costa gallega fue o no correcta y a quién correspondía tal responsabilidad. Se apoya la decisión de alejamiento tomada por Álvarez Cascos (Ministro de Fomento en esas fechas), justificada porque evitaba una catástrofe ecológica incalculable y permitía no bloquear la actividad del puerto elegido (presumiblemente el de La Coruña) durante un tiempo indefinido. El periódico asume que el PP fue respaldado por los expertos técnicos en su decisión, apoya y ensalza la figura de Aznar, que personifica esta asunción de responsabilidad por la catástrofe.

ABC expone las críticas del PSOE a las decisiones tomadas por el Gobierno: el alejamiento del buque, su cambio de rumbo hacia el sur, los supuestos consejos técnicos, etc. Pero de alguna manera intenta justificar la actuación del Gobierno alegando que el hundimiento había sido un accidente producido por «razones ingobernables», agravadas por las decisiones inapropiadas del capitán, a lo que se sumaba que ninguna cofradía habría aceptado que se condujera el barco a su costa. Según este periódico, además, las supuestas presiones del Gobierno francés no tuvieron influencia en las decisiones tomadas sobre el rumbo del barco y establece un paralelismo con el alejamiento de un buque en 1991 en condiciones supuestamente parecidas cuando el gobierno español era socialista. El Mundo sigue una línea muy parecida a la de ABC: expone las críticas del PSOE respecto a las causas del hundimiento pero apoya al Gobierno; exime a éste de culpas y no duda de calificarlo de diligente en los primeros compases del suceso. Nos muestra la decisión tomada como la «más viable».

EL PAIS, por su parte, diferencia dos causas claras de hundimiento: por un lado, el accidente se debió a que el barco sufrió la ruptura del casco (cuestión «técnica» a la que apenas dio importancia); y por otro, nuevamente, la decisión de alejar el buque de la costa, que, según este diario, sería la causa determinante para que el barco se fuera a pique finalmente, haciendo hincapié en que los protocolos de salvamento indican todo lo contrario. Así mismo, recalca que el hecho de remolcar el petrolero durante siete días, cinco de los cuales contra corriente, aumentó considerablemente el tamaño de la

de sentido que le atribuye el texto, se nos aparece como un inocuo y neutral «trozo» de la realidad misma (cuando, de hecho, cabrían infinitos retratos diferentes de esa misma realidad que se pretende representar).

grieta (por lo tanto, la causa «técnica» que no se considera tan primordialmente). En definitiva, la tendencia de EL PAIS fue claramente contraria a las decisiones oficiales; sus críticas tuvieron como objetivo prioritario, tanto la mala gestión de Álvarez Cascos, como las acciones y comentarios desafortunados de Manuel Fraga (Presidente de la Xunta).

La Voz De Galicia trató el tema desde una perspectiva diferente, enfatizando la descoordinación del gobierno español y la necesidad de un protocolo de actuación y medidas para adoptar las decisiones apropiadas en caso de tener que acercarse a la ría un buque averiado. Este periódico resaltó la carencia de un plan de actuación adecuado ante una catástrofe de estas características, teniendo en cuenta que Galicia es una de las zonas con mayor tránsito de buques que transportan mercancías peligrosas en todo el mundo. El periplo «errático» del buque a lo largo de la costa puso en duda la capacidad de España para imponer sus órdenes, sometida a intereses de otras naciones, lo cual a su vez cuestionaba la conveniencia de alejar el barco del litoral. La Voz concluye que, visto con la perspectiva de lo que sucedió, parece que el daño podía haberse evitado.

En última instancia, pues, las causas del hundimiento tienen poco que ver con el hecho efectivo de que el barco sufriese un daño en su casco y las posibles razones de que ello sucediese; al margen de esta cuestión, repetimos «técnica», que apenas merece atención, lo que se entiende por causas de la catástrofe tiene que ver, fundamentalmente, con la actuación y decisiones de los agentes institucionales implicados en el caso.

Sin duda, uno de los temas que mayor discrepancia suscitaron entre los distintos diarios fue el debate político que surgió a raíz del accidente. La posición de La Razón en este debate es claramente favorable a los populares. Se intenta justificar esta posición con pruebas objetivas y se elude tratar temas poco convenientes para el PP, como es el caso de la finalmente proclamada inocencia del capitán del Prestige Mangouras. Sus ataques al PSOE intentan transmitir un sentimiento de desunión en la estructura de los socialistas, resaltando la ausencia de apoyo público que Zapatero brindó a Carmona (diputado regional del PSOE) en sus declaraciones respecto al caso. Tras la aparición de Zapatero en la manifestación de la plataforma Nunca Más, entiende este diario que los socialistas se han alineado con los nacionalistas, tanto el BNG (supuestos promotores de Nunca Más) como el PNV, y de ahí titulares como «Zapatero se convierte en el hombre pancarta». Los socialistas serían también culpables de entorpecer las labores de investigación y de censurar y falsificar datos concluyentes.

Este asunto fue tratado de forma diferente por ABC. Durante las primeras semanas, se centró en las críticas de la oposición y en las manifestaciones en contra de las actuaciones del Gobierno. Hace referencia también a las disputas y mutuas acusaciones entre Gobierno y Oposición en el Congreso y el Parlamento europeo. El PP, según este diario, acusa al PSOE de manipular documentos oficiales, y se afirma que los socialistas actuaron de igual manera en otra crisis semejante. Resalta que la ausencia de algunos eurodiputados del PSOE aborta la creación de una comisión de investigación. ABC resalta constantemente las justificaciones dadas por el Gobierno sobre su actuación y las medidas de éste para paliar la catástrofe. Se minimizan, tanto las críticas de la Oposición, como las manifestaciones contra el Gobierno o las huelgas de las cofradías debido a la falta de medios. Se hace también especial énfasis en las inversiones que el Gobierno pretende realizar en Galicia. No obstante, su postura claramente afín al PP en un principio va tornándose más moderada a medida que va decayendo la popularidad del Ejecutivo, sin por ello variar el sentido de sus argumentos.

En esta cuestión, El Mundo se muestra favorable al gobierno, eximiéndole de culpas por el hundimiento, aunque emite, no obstante, críticas a altos cargos gubernamentales (comisionados, ministros, delegados, etc.) presentes en Galicia, cuyas actuaciones y posteriores declaraciones se calificaron de no acertadas. Esta indefinición y ambigüedad en su postura también se dará en relación con los procesos judiciales iniciados para establecer y, en su caso, depurar responsabilidades (táctica del *chivo expiatorio* para exculpar al gobierno y al PP). Son constantes las alusiones a las partidas económicas aportadas por el gobierno a Galicia, continuamente crecientes, pero de las que, sin embargo, nunca se ofrece el desglose de la procedencia de dicho dinero. Su línea de apoyo al Gobierno y a la Xunta es clara, ofreciendo una imagen de tranquilidad y control, pero respecto de los actores políticos particulares, sus críticas se dirigen tanto a unos como a otros: aparecen acusaciones de precipitación, cierta incompetencia y de poca veracidad en la explicación de la realidad existente en la zona de la catástrofe dirigidas a los ministros de Defensa y Fomento, Federico Trillo y Fco. Álvarez Cascos; a las cabezas visibles de la oposición (Zapatero y Caldera) se los califica repetidas veces como insolidarios, incapaces e irresponsables.

El País ha sido uno de los diarios que más espacio y tiempo ha dedicado al debate político nacional suscitado por el caso Prestige. Es el único periódico que hace un esfuerzo continuado para dar difusión a las repetidas negativas por parte del Gobierno a crear una comisión de investigación, y cuando ésta se constituye, se intenta mostrar el «sabotaje» del PP mediante el veto o la prohibición de comparecencias de altos cargos a ella. A mediados de diciembre se critica duramente la reticencia de Aznar a llevar a cabo la investigación, no sin también exigir la dimisión de Caldera (portavoz del PSOE) por manipular datos. A principios de 2003 el debate se centra en la destitución de algunos cargos políticos del Gobierno gallego: el diario afirma que los cargos obligados a dimitir son los críticos dentro del propio Partido Popular, con su actuación después del hundimiento y a favor de la comisión de investigación.

En este tema puede apreciarse el carácter no nacional de la Voz de Galicia, ya que los personajes que más páginas ocuparon durante la catástrofe por su implicación y declaraciones, aparte de Álvarez Cascos y Mariano Rajoy, fueron cargos de las Instituciones regionales. A pesar de que también se hizo eco del debate entre el Gobierno y la Oposición, no le dedicó tanto espacio como el resto de las publicaciones. El debate se traslada principalmente al Parlamento gallego. La Voz se centró en las discrepancias entre los distintos dirigentes de la Xunta y, sobre todo, los presidentes y funcionarios de las cofradías y puertos gallegos.

Sin duda la catástrofe del Prestige tuvo también una gran repercusión internacional, ya que fueron varias las zonas de costa no españolas afectadas. La Razón introduce el contexto internacional cuando las manchas de fuel alcanzan las costas portuguesas y galas, mostrando dos visiones muy distintas: en Portugal se insiste en que la cantidad de chapapote no supone un problema medioambiental; muy al contrario de esto, Chirac (Presidente del Gobierno francés) pronto abre una investigación internacional, aunque el diario no deja de resaltar como noticia que Francia no tiene intención de denunciar a España (la noticia de que unos cultivadores franceses de bivalvos sí barajan esta posibilidad, en cambio, es recogida de forma breve en una pequeña sección; y hay que recordar que el Gobierno francés se lamentó de la decisión de alejar el barco, lo cual tampoco tiene cabida como noticia).

Las declaraciones del ministro de la marina mercante de Grecia acusando a España de convertir en principal culpable al capitán griego del Prestige tampoco obtienen demasiada relevancia: La Razón, durante los primeros días de la tragedia, responsabiliza a Apostolos Mangouras como uno de los principales culpables de la catástrofe; en el momento de su liberación dedica un pequeño artículo para informarnos de ello. En relación con el ofrecimiento de Marruecos de abrir sus caladeros para los pescadores españoles, la reticencia inicial de Aznar se recoge de modo puntual, pero cuando es aceptado, a lo largo de varios días esta aceptación es recogida en un tono de marcado optimismo: no sólo significa una solución temporal para los marineros, sino que además implica una gran mejora en las relaciones entre Marruecos y España.

ABC, en cuanto a lo que la implicación internacional se refiere, en afinidad con la postura del gobierno, critica a la UE por haber rechazado una propuesta española de reglamentación del tráfico marítimo de mercancías peligrosas en el año 2000 que hubiese evitado la catástrofe. Apela a la responsabilidad de la misma para crear un marco legislativo acerca de este tipo de catástrofes y se hace eco de las declaraciones de Aznar, sobre la confianza que debe tener España en que las peticiones hechas a la UE pronto serán atendidas: se destaca el carácter mediador del Presidente español ante las Instituciones europeas, minimizando su responsabilidad sobre la situación del tráfico marítimo internacional del petróleo; también hace hincapié en los esfuerzos del Gobierno por promover los mecanismos de colaboración de lo que el diario llama el eje Madrid-París-Lisboa. Respecto al cambio de rumbo del Prestige, ABC rechaza que se debiese a las posibles presiones por parte de Francia e Inglaterra, y lo atribuye a los dueños del buque, el fletador y la aseguradora. Las noticias relacionadas con las críticas de los expertos internacionales respecto al manejo de la catástrofe ocupan un lugar marginal y pasan prácticamente desapercibidas.

El Mundo, por su parte, concede más importancia a las informaciones procedentes de ciertos países que de otros; así, agradece la ayuda ofrecida por EE.UU. y, en cambio, apenas dedica atención a las noticias procedente de Portugal, pese a que ha sido otro de los países afectados directamente por el vertido de fuel. La relación entre los gobiernos de Francia y España, según el diario, no se ve afectada y mantiene un clima de cordialidad, solidaridad, respeto y coordinación, no obstante la alarma

creciente del Gobierno galo según aumenta la llegada de fuel a sus costas. El ofrecimiento de Maruecos es también considerado como un esfuerzo de acercamiento a España, más que una simple solución provisional para los marineros damnificados.

Por lo que respecta a El País, relacionó el cambio de rumbo del barco con presiones internacionales de países como Francia e Inglaterra, aunque no llega a demostrarlo. En el ámbito internacional, también recogió las protestas de Francia y Portugal por la llegada de chapapote a sus costas, culpando a España por la mala gestión del desastre. Este periódico dio gran importancia a las denuncias de Francia ante la UE y a su petición de responsabilidades políticas al Gobierno español ante Los Quince. También dedicó atención a la cuestión de la solicitud de ayudas económicas europeas para paliar los efectos del vertido.

Mientras se seguía discutiendo sobre las medidas acerca del futuro del buque, La Voz de Galicia ofrece los datos de las primeras aproximaciones sobre el impacto ecológico que el fuel provocaría en las costas y en el fondo marino, aportadas por el Gobierno portugués. Se dedicó, así mismo, una sección específica para el seguimiento de las sucesivas mareas negras, contando con datos de expertos internacionales y el Instituto Meteorológico luso, que contrastaba con las cifras oficiales españolas. Desde un principio, el diario pone en duda la capacidad de las autoridades españolas para imponer sus órdenes y el desprestigio internacional que esto provocó. Resalta también las duras críticas vertidas por el Gobierno galo.

Finalmente, hemos de tratar la cuestión de la movilización social que en España se produjo a raíz de la catástrofe. En lo concerniente al tema de los voluntarios La Razón presenta las acciones llevadas a cabo para la limpieza de las playas como iniciativas del Gobierno. Recoge en su sección «Fe y Razón» el agradecimiento a todos los que colaboraron; agradecimiento respaldado por el Príncipe Felipe en su visita a la costa y por el Rey Juan Carlos en su tradicional mensaje navideño. Aunque la acción voluntaria fue inigualable surgen problemas en torno a las zonas de limpieza ya que ciertas playas cuentan con la mayoría de efectivos y otras mientras se ven abandonadas. En este diario se plasma la noticia de que el Gobierno sólo se hace cargo de los daños sufridos por los voluntarios de Tragsa en Galicia, pero no se critica esta actitud gubernamental que deja indefensos a los miles de colaboradores que limpiaron las playas. Sobre las manifestaciones, se señala como irresponsable la presencia de Zapatero en las mismas. La crítica a la plataforma Nunca Más es reiterada: se la acusa de estar buscando en Madrid una cabeza de turco que asuma todas las responsabilidades de la catástrofe y se señala su vinculación con el BNG para dirigir las críticas hacia el PSOE por su afinidad con la misma. Los abucheos a Piqué en la Universidad, los apagones programados por Nunca Más o las huelgas de hambre de los patrones y marineros de Arosa, como manifestaciones populares del clima que ha desatado la catástrofe son tratadas en un tono hasta cierto punto indiferente.

El Mundo, en lo referente a la participación en las tareas de limpieza por parte de miles de personas como voluntarios se hizo un amplio eco, deshaciéndose en elogios y agradecimientos hacia ellos, pero dedicando escaso espacio a su opinión y visión de la catástrofe. Conforme pasaba el tiempo, fue reduciéndose la alusión a éstos, acallando de este modo las críticas de los voluntarios. En última instancia, se trataba de un acto de patriotismo y una muestra de coordinación operativa que fortalecía la idea de que el gobierno tenía las riendas. En cuanto a las movilizaciones, se trata de minimizar las cifras de asistentes, ofreciendo datos de las delegaciones de gobierno, y se las califica de intrascendentes. Cualquier noticia relacionada con Nunca Más es un claro intento de desprestigio, y así, el diario se afanó en destapar los escándalos financieros que se le atribuyeron.

Por lo que se refiere a ABC elogia en un principio la acción de los voluntarios mediante titulares como «Los voluntarios dan una lección a la clase política». Pero esta actitud no se mantiene mucho tiempo, pasándose enseguida a destacar la pronta acción del gobierno en el envío de tropas y el gran despliegue de equipo. Con respecto a Nunca Más, desde el primer día, la plataforma es objeto de las críticas del diario: se destaca su vinculación al BNG y se insiste en sus dudosos métodos de financiación; también se lo compara con la Kale Borroka, tal y como hizo el presidente del Gobierno José María Aznar. Al igual que La Razón, este diario trata de minimizar la repercusión de las manifestaciones ofreciendo las cifras de seguimiento oficiales.

La movilización social fue tratada extensamente en El País. A las manifestaciones en contra del Gobierno se les otorgó gran importancia en todo momento, apartándose en cuanto a cifras de manifestantes de los datos oficiales. La labor de los voluntarios fue elogiada durante toda la catástrofe, inscri-

ta en una permanente crítica por la falta de recursos y deficiente organización en la limpieza del chapote del Gobierno y las Instituciones locales y autonómicas. Durante los períodos vacacionales se amplía esta sección para la ensalzar la movilización social. Otra de las críticas vertidas por El País se refiere al intento de criminalización de las víctimas, como las cofradías o Nunca Más, por parte del PP que comparaba a la plataforma con el entorno de ETA.

La Voz de Galicia dedicó una especial atención a la que se denominó «Marea Blanca», una iniciativa que, al igual que los intentos de las cooperativas y los marineros de frenar la entrada de fuel a las rías, no estuvo exenta de polémica. Desde este medio se apoyó desde un principio la movilización social, criticando la falta de medios y de coordinación de las instituciones. La intervención del ejército, así como la contratación de una empresa privada para las labores de limpieza, centraron el debate durante varias semanas. Tampoco se libraron de juicio la plataforma Nunca Más y las diferentes manifestaciones que se repitieron a lo largo de la geografía española. El periódico rechaza el intento del Gobierno de caricaturizar la labor de Nunca Más y de las cofradías, que para este medio tuvieron un papel decisivo.

Tras este sucinto recorrido, quedan claras dos posturas: la de los periódicos progubernamentales (La Razón, ABC y El Mundo), para los que la responsabilidad de lo ocurrido no es del gobierno, y la de los periódicos que se alinean con la oposición (El País y La Voz de Galicia), para los cuales el gobierno del Partido Popular, tanto central como de la Xunta, es el responsable último de la mayor catástrofe ecológica ocurrida en Europa en los últimos años. En última instancia, la «realidad» Prestige presentada por los medios de comunicación escrita es una realidad que se circunscribe en el terreno de la política nacional: tanto las causas, como la dimensión internacional o la movilización social que se produjo son tratadas bajo la óptica del debate político entre el Gobierno y la oposición; no nos enfrentamos a un hecho «objetivo» que haya que tratar desde una perspectiva neutral al objeto de definir sus verdaderas dimensiones, se trata, muy al contrario, de algo que ha sucedido, que pudiera no haber sucedido, y que es consecuencia de las acciones, interesadas, de quienes estaban implicados y tenían responsabilidades sobre lo sucedido.

III. El Prestige: un espacio agónico, dos «visiones del mundo»

Una vez expuesto el material documental, podemos comenzar el análisis a partir del concepto bourdieano de «doxa» (Bourdieu, 1977): la doxa hace referencia al mundo que se da por hecho sin reflexionar sobre él; dado el sistema político-social en el que se inscribe el discurso de los diarios, la doxa sería el esquema ideológico de supuesto consenso político que impera en España. Este consenso se configura, tanto por los contenidos explícitos del discurso, como por los que en él no tienen cabida. En virtud de dicho consenso, todos los ataques de todos los periódicos van dirigidos a personas o instituciones muy concretas: unos atacan al gobierno, otros a la oposición, a las empresas que no cumplen con la normativa o al capitán del barco; pero nunca se pone en cuestión, por ejemplo, el sistema productivo, el cual podría ser la causa de que haya empresas que no cumplan con la normativa; tampoco tiene cabida la crítica al principio político de la representación ni a su mecánica operativa del sufragio periódico, que pudiera ser también una causa de la dejadez y la falta de responsabilidad política, tanto de instituciones como de particulares. Es decir, hay una doxa, basada en un consenso, que estipula que la guerra ideológica debe circular por ciertos cauces y no por otros.

Tampoco tienen cabida en el discurso las voces de los afectados, de los movimientos sociales y todo tipo de opiniones que supongan una *democratización* de hecho de los medios de comunicación. Estas voces deben pasar inadvertidas: su discurso bien pudiera ser corrosivo para los intereses de quienes dirigen los medios de comunicación; darles cabida impediría el dirigismo ideológico y podría suponer la pérdida de potenciales lectores-votantes de la facción ideológico-política correspondiente.

Del mismo modo que la doxa configura un consenso de fondo en los discursos, el «habitus» (Bourdieu, 1991) explicaría algunas de las diferencias expresas de las dos líneas discursivas mediáticas. El concepto de habitus hace referencia al sentido práctico mediante el cual los agentes sociales interpretan el mundo y actúan sobre él; viene dado por la procedencia social, por su posición en la estructura social. Así, dado que los periódicos progubernamentales y sus lectores habituales son afines a un partido (el PP) de derechas, sus esquemas de representación tienden a determinadas actitudes que valoran el individualismo, la propiedad, la religión, la unidad nacional, el respeto por la autoridad y la defensa del *statu quo*. Teniendo esto como base de su visión de la realidad, el argumento de éstos

diarios sobre el problema del Prestige gira en torno a la buena gestión de un gobierno mínimo, como el del PP, que pese a dismantelar el Estado de bienestar sabe llevar las «riendas del Reino» con mano dura y eficaz. El desorden y el descontento social vienen dados, según este esquema, precisamente por parte de individuos y grupos que no obedecen ni secundan las directrices del gobierno que legítimamente ha sido elegido. Es impensable desde este esquema argumental entender el descontento de manera global, es decir, comprender que los elementos *subversivos* puedan formar parte de la estructura social y no tratarse de «gente descarriada»; entender que ese descontento pueda proceder de organizaciones y grupos cuyos intereses se ven perjudicados por la presencia del Partido Popular en el gobierno y por la actuación unilateral de éste frente a la catástrofe. Por supuesto, la crítica de la oposición política es recibida como un acto de deslealtad al consenso y falta de responsabilidad.

La otra línea argumental tiene su propio habitus, diferente del anterior sólo en parte. Los diarios críticos con el gobierno son afines al Partido Socialista o al BNG, su extracción social y la de sus lectores es distinta y también su marco interpretativo. De ideario socialdemócrata, interpretan el escenario político como una consecución histórica y progresiva de determinados derechos fundamentales, que el Estado debe proteger, entre los que se encuentra el estado de bienestar y la pluralidad política. Desde este esquema se suele instrumentalizar a las minorías desfavorecidas como arma para obtener ventaja política, minorías a las cuales los gobiernos conservadores les niegan o recortan ciertos derechos. El asunto del Prestige es visto como un abuso de autoridad y una falta de respeto hacia los afectados por parte del gobierno. Desde ésta línea socialdemócrata, se interpreta que la derecha rompe el consenso con esos abusos y hace caso omiso de los afectados, las organizaciones sociales, los expertos internacionales y la propia oposición.

Es ilustrativo considerar cómo la pugna entre ambos habitus, lejos de atentar contra la estabilidad de la estructura existente, mantiene intacto el consenso de fondo, la doxa prerreflexiva, puesto que al final, el juego, lejos de poner en cuestión principios fundamentales, se limita a un «pasarse la pelota» unos a otros.

Tenemos que tomar en consideración el hecho de que, en este caso, la pugna se produce en el ámbito de la comunicación de masas, un «campo» (Bourdieu, 1977) caracterizado por la unidireccionalidad de la información. En éste, como en cualquier campo de lucha, lo que está en disputa son unos recursos escasos, un «capital» (Ibíd.): se trata aquí, como hemos anticipado, de la hegemonía ideológica. Cada periódico lucha por imponer su concepción de la realidad sobre el suceso ocurrido, tratando siempre de ganar el mayor número posible de adeptos y de restárselos al discurso contrario. En esta lucha, cada contendiente desarrolla su propia «estrategia» (Ibíd.), una estrategia que, por hallarse inmersa en el terreno de la doxa, exhibe una racionalidad dirigida a la naturalización lo que plantea: ya se ha mencionado cómo los dos grupos de diarios luchan por mantener en o apartar de la luz pública determinados asuntos; mientras que los diarios progubernamentales intentan acallar las críticas al gobierno y pretenden que la crisis sea olvidada cuanto antes, los diarios opositores aprovechan toda circunstancia favorable para mantener el debate abierto. Esto se corresponde con una estrategia racional con arreglo a intereses concretos de los actores productores de discursos que aplican procedimientos basados en la doxa (lo que se da por hecho, el consenso) y arraigados en el habitus, en los esquemas interpretativos que explican el mundo y predisponen para actuar sobre él de determinada manera (el discurso de cada uno de los dos grupos sobre el suceso y sobre el discurso contrario).

Nos las habemos con una clara expresión de «violencia simbólica» (Bourdieu y Passeron, 1977); el objetivo no es otro que el de la reproducción de las relaciones de poder subyacentes en la estructura social. Las diferencias en el habitus contribuyen a la reproducción de la desigualdad y a la competencia entre los distintos grupos, pues este habitus es distinto e inconmensurable (Kuhn, 1981) entre los dos grupos ideológicos. El entendimiento y acuerdo [he cambiado «consenso» por «acuerdo»: si hemos presupuesto un consenso de fondo basado en la doxa, no podemos decir que no hay consenso] no es posible, en primer lugar, porque utilizan esquemas distintos de interpretación de la realidad que se excluyen mutuamente. Por ejemplo, en lo referente a la culpabilidad del capitán del barco y de las empresas relacionadas con éste, se trata de un elemento central del discurso gubernamental, sin el cual su explicación de los hechos queda ciertamente invalidada. Renunciar a ello sería ceder a la otra versión y, por lo tanto, sería un suicidio político. Lo mismo ocurre, a la inversa, con el discurso opositor; si éste hubiera aceptado la implicación del capitán no tendrían ningún sentido las críticas vertidas al gobierno. Por otro lado, llegar a un punto intermedio, por ejemplo, que tanto el capitán y

las empresas, como el gobierno tuvieron parte de la responsabilidad, no satisfaría las necesidades políticas de ambos grupos y no se correspondería con el contexto de luchas por el poder en el que ha tenido lugar el fenómeno y en el que los discursos han sido producidos. Se trata de dos élites políticas que luchan por la supremacía ideológica, y en términos ideológicos ambas se excluyen mutuamente: una actúa en un contexto en el que el gobierno del Estado está en sus manos, mientras que la otra, no poseyéndolo, aspira a arrebatárselo.

Demos un paso más en nuestro análisis, una «pirueta» epistemológica de cuestionable justificación, pero que nos parece analógica y metafóricamente significativa y reveladora: Foucault (1989), cuando trata de desenmarañar las estructuras latentes en el discurso durante largos períodos de tiempo, revela la existencia de reglas que estipulan lo que es posible decir dentro de un determinado discurso en un determinado período de tiempo; su arqueología del saber presta atención a las rupturas que se producen a lo largo de la historia, a las transformaciones que se producen entre los períodos de estabilidad. Las estructuras discursivas, a través de los significados, no sólo son diferentes a lo largo del tiempo, sino inconmensurables: cada estructura genera un significado totalmente distinto. Es evidente que en el caso que nos ocupa resulta imposible realizar un análisis diacrónico de ese tipo, por ser el período de tiempo que comprende el discurso investigado muy breve. Pero sí podemos realizar una evaluación sincrónica de las estructuras de los dos discursos contendientes presuponiendo que ambos son cristalización de unas estructuras discursivas cuya evolución puede ser rastreada «arqueológicamente» y que, por lo tanto, poseen sus propias reglas de gestación y plausibilidad (la dimensión analógica de nuestra pirueta).

Hemos visto que los dos discursos en pugna, siendo expresión de opciones ideológico-políticas opuestas, resultan incompatibles: podemos hablar de una ruptura discursiva foucaultiana, no en el tiempo, sino entre diferentes sectores o clases sociales (la dimensión metafórica de nuestra pirueta) y que puede, en todo caso, ser localizada diacrónicamente. En este caso, el grupo social que compone el gobierno y quienes lo apoyan genera un discurso de autojustificación que se mantiene de manera estable, más o menos, pero que poco a poco es erosionado y contrarrestado por el discurso de la oposición, hasta que, finalmente, a partir de marzo de 2003, la información y justificaciones de los periódicos progubernamentales van disminuyendo, con la pretensión de acallar el tema. Sin embargo, los periódicos opositores perseveran en su crítica, contando ahora con mucha mayor capacidad de maniobra en la elaboración de su discurso, al no tener que hacer frente a las numerosas acusaciones de la derecha. Es probablemente éste el momento en el que se produce una ruptura diacrónica susceptible de crear significados nuevos sobre el caso del Prestige; prevalece, a partir de aquí, el discurso de la oposición. A partir del momento en que se los compara los significados dejan de ser incuestionables (Foucault, 1989): la veracidad y objetividad de un discurso se ve cuestionada cuando se la compara con otro que versa sobre el mismo tema. El tratamiento de la catástrofe del Prestige por parte de la prensa es una buena prueba de ello.

Desde un punto de vista «genealógico» (Foucault, 1990; 1992), tenemos que el significado de los objetos y prácticas varía en función del contexto: el conocimiento no es, ni neutral ni, necesariamente, autoemancipador. Como hemos visto, la información contenida en los medios analizados no tiene como objetivo el informar, sino el crear opinión. Por ello, en éste caso, como en muchos otros, mayor información recibida de los medios, no presupone una mayor libertad, sino la confirmación de las propias perspectivas de cada grupo y un mayor control en las formas de pensar y argumentar. Los significados asociados al conocimiento o la información, al ser fruto de luchas de poder, no son objetivos, ni universales, ni inocuos u honorables. Prueba de ello es que los nuevos significados que van apareciendo tras una ruptura discursiva coexisten de alguna manera con los precedentes. Tenemos una constatación de esto al observar que, tanto La Razón, como ABC, seguían responsabilizando al capitán del barco por lo ocurrido, a pesar de hallarse en sus páginas la noticia de su inocencia y de recogerse su puesta en libertad decretada por los tribunales. Nuevamente, en un mismo discurso, entran en conflicto la necesidad de mantener la coherencia y la necesidad de hacer frente a elementos adversos.

Con su discurso, los medios de comunicación, *ejercen* un gran poder ya que, aunque no tienen capacidad imperativa directa sobre los agentes sociales, construyen con su discurso la realidad sobre la que estos agentes operan: el poder entra en juego siempre que las personas son obligadas a hacer algo que, de otra forma, no harían [Foucault, 1979] (Weber, 1993). Los lectores que se informaban sobre el caso actuaban, pensaban y opinaban en función de la información obtenida gracias al diario más cercano ideológicamente.

Ahora bien, cuando hablamos de poder, nos referimos a una relación que implica posibilidad de resistencia, una relación dialéctica que puede invertirse; en el esquema de Foucault (1989), el poder no se posee, se ejerce, no pertenece a nadie, sino que circula entre los agentes implicados en esa relación. Por eso hemos dicho que los medios de comunicación *ejercen* poder, no que *tengan* poder.

Podemos, además, situar estas relaciones en un anclaje material, si asumimos que las luchas de poder se inscriben en el marco de los conflictos estructurales propios de la sociedad capitalista: todos los grupos y clases sociales están implicados en las relaciones de capital, bien sea fomentándolas, bien resistiendo a ellas. En la sociedad capitalista, no sólo se dan luchas entre la clase capitalista y la clase trabajadora, sino que también hay lucha y competencia dentro de cada una de ambas. Los diferentes grupos de la clase propietaria tienen que competir entre sí, tratando de ampliar sus cuotas de mercado y fomentando la promulgación de leyes favorables a sus intereses. Uno de tales intereses sería el de conseguir que la facción política afín llegue al gobierno con el fin de establecer el marco jurídico conveniente, y aquí es donde entran en juego los medios de comunicación: su función, como ya se ha señalado, sería la de obtener la hegemonía ideológica, asociada a la captación de votos.

En este marco estructural, la ideología no es sino el puente entre la estructura social y el discurso [REF: Marx y Engels, 1974 (*La ideología alemana*; no se cual es la fecha de su publicación original)]: el campo de juego fundamental es, en última instancia, el del capital económico; la hegemonía ideológica sería una necesidad instrumental para la supremacía en las relaciones capitalistas de mercado; cuando la contienda discursiva se traduce en una lucha ideológica, el trasfondo es el de la lucha por el dominio económico. El discurso de ambos bandos, en el caso Prestige, tiene como causa y consecuencia la lucha por el poder político, en la que quedan relegados aquellos que no tienen los medios para competir, o aquellos que, saliéndose de la doxa, como es el caso de Nunca Más, las cofradías o los voluntarios (recuérdese que los medios que los defienden hablan por ellos, pero no los dejan hablar, reservando sólo algunos de sus comentarios para apoyar el discurso del periódico), suponen una amenaza para los intereses en juego. Pero esta lucha política en la que se implican los medios de comunicación tiene su razón de ser fundamental en la competencia capitalista por el dominio en el mercado; así que, en última instancia, la realidad socialmente construida del Prestige en los medios de comunicación, las dos realidades contrapuestas y en contienda, no serían más que la expresión ideológica de los intereses económicos de dos grupos de la clase dominante enfrentados por la supremacía en las relaciones capitalistas de mercado ¿por qué, si no, nunca ha existido la posibilidad de una tercera realidad socialmente construida acerca del Prestige que fuese expresión de la vivencia inmediata y la realidad concreta de los miles de personas que han resultado víctimas directas de las consecuencias ecológicas del hundimiento? ¿existe, de hecho, esa tercera realidad social del Prestige? A través de la construcción mediática de la realidad del caso Prestige constatamos que la capacidad de «crear», de definir la realidad, está en manos de intereses que son en gran medida ajenos a la propia realidad construida: los discursos del poder construyen (ideológicamente) nuestra identidad al imponernos el sentido de los fenómenos de los que somos actores protagonistas.

Bibliografía:

- Abril, G. (1994): "Análisis semiótico del discurso", en Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (coords.): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, Síntesis, pp. 427-464.
- Arias Veira, P. (2003): *Prestige: el barco de los locos*, Madrid, Espasa Calpe.
- Baert, P. (2001): *La teoría social en el siglo XX*. Madrid, Alianza Editorial.
- Berger, P. L. Y Luckmann, T. (1979): *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Besanca, C. (2002): «La catástrofe del Prestige», *Le Monde Diplomatique (edición española)*, diciembre.
- Bourdieu, P y Passeron, J.C. (1981): *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona, Laia.
- Bourdieu, P. (1991): *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, P. (1991b): *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, P. (2002): *Lección sobre la lección*, Barcelona, Anagrama.
- Catalán Denis, G. (2003): *prestige*, Madrid, La Esfera.
- De Toro, S. (2003): *Nunca Más*, Barcelona, Península.
- Foucault, M. (1971): "Orders of discourse", *Social Science Information* 10, pp. 27-30.

- Foucault, M. (1979): *The history of sexuality*. Londres, Penguin. [Ed. cast.: *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 1980-1995]
- Foucault, M. (1989): *The archeology of knowledge*. Londres, Routledge. [Ed. cast.: *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 1995.]
- Fundación Alternativas (2003): *Libro blanco sobre el Prestige*.
- Gómez, L. Y Ordaz, P. (2003): *Crónica negra del Prestige*, Madrid, El País-Aguilar.
- Gortazar, I. (2003): *Los piratas del Prestige: de la Casa Blanca a la Zarzuela*, Kale Gorria.
- Hodder, I. (1994): "The interpretation of documents and material culture", en Denzin, N. y Lincoln, Y. (eds.): *Handbook of qualitative research*, Thousand Oaks, California: Sage, pp. 393-402.
- Kuhn, T. S. (1981): *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MacDonald, K. y Tipton, C. (1993): "Using Documents", en Gilbert, N. (comp.): *Researching social life*, London; Sage pp. 187-200.
- Marx, K. Y Engels, F. (2004): *Manifiesto comunista*, Madrid, Alianza.
- Maturana, H. y Varela, F. (1990): *El árbol del conocimiento; las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid, Debate.
- Pizarro, N. (1979): *Metodología sociológica y teoría lingüística*. Madrid, Alberto Corazón.
- Valles, M.S. (1997): *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid, Síntesis.
- Webb, E.J.; Campbell, D.T.; Schwartz, R.D. y Sechrest, L. (1966): *Unobstrusive measures: non-reactive research in the social science*. Chicago, Rand McNally.
- Weber, M. (1993): *Economía y Sociedad: esbozos de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Woolgar, S. (1988): «Reflexivity is the Ethnographer of the Text», en S. Woolgar (ed): *Knowledge and Reflexivity*. Londres, Sage.